berales, y por tanto de la condenación separada de cada uno resulta la condenación total del sistema. No haremos más que enumerarlos aquí rápidamente.

En la proposición XV y en las LXXVII y LXXVIII se condena la libertad de cultos; el pase regio en la XX y XXVIII; la desamortización en las XVI y XXVII; la supremacía absoluta del Estado en la XXXIX; el laicismo en la enseñanza pública en la XLV, XLVII y XLVIII; la separación de la Iglesia y del Estado en la XV; el absoluto derecho de legislar sin Dios en la LVI; el principio de no intervención en la LXII; el llamado derecho de insurrección en la LXIII; el matrimonio civil en la LXXIII y alguna otra; la libertad de imprenta en la LXXIX; el sufragio universal como principio de autoridad en la LX; por fin, el mismo nombre de Liberalismo en la LXXX.

Varios libros se han escrito desde entonces para la exposición clara y suscinta de cada una de estas proposiciones. y á ellos puédese acudir. Pero la interpretación y comentario más autorizado se lo han dado al *Syllabus* sus propios impugnadores, los liberales de todos matices. cuando no lo han presentado siempre como su más odioso enemigo y como el símbolo más completo de lo que llaman clericalismo, ultramontanismo y reacción. Satanás, que es malvado, pero no tonto, vió muy claro á donde iba á parar derechamente golpe tan certero, y le ha puesto á tan

grandioso monumento el sello más autorizado de todos, después del de Dios; el de su profundo rencor. Creamos en esto al padre de la mentira; que lo que él aborrece y difama, lleva con esto solo, cierto y seguro testimonio de ser la verdad.

XII

De algo que pareciendo Liberalismo no lo es, y de algo que lo es aunque no lo parezca.

Es gran maestro el diablo en artes y embelecos, y lo mejor de su diplomacia se ejerce en introducir en las ideas la confusión. La mitad de su poderío sobre los hombres perdería el maldito con que las ideas, buenas ó malas, apareciesen francas y deslindadas. Adviértase de paso que llamarle al diablo de esta manera no es moda hoy, tal vez porque el Liberalismo nos ha acostumbrado á tratar aun al señor diablo con cierto respeto. El diablo, pues, en tiempos de cismas y herejías, lo primero que procuró fué que se barajasen y trastocasen los vocablos, medio seguro para traer desde luego mareadas y al retortero la mayor parte de las inteligencias. Esto pasó con el Arrianismo, en términos que varios Obispos de gran santidad llegaron á suscribir en el Concilio de Milán una fórmula en que se condenaba al insigne Atanasio, martillo de aquella herejía.

Y aparecerían en la historia como verdaderos fautores de ella si Eusebio Mártir, legado pontificio, no hubiese acudido á tiempo á desenredar de tales lazos lo que el Breviario llama *captivatam simplicitatem* de alguno de aquellos candorosos ancianos. Lo mismo que sucedió con el Pelagianismo; lo mismo con el Jansenismo tiempo atrás; lo mismo acontece hoy con el Liberalismo.

Liberalismo son para unos las formas políticas de cierta clase; Liberalismo es para otros cierto espíritu de tolerancia y generosidad opuestos al despotismo y tiranía; Liberalismo es para otros la igualdad civil y para muchos una cosa vaga é incierta, que pudiera traducirse sencillamente por lo opuesto á toda arbitrariedad gubernamental. Urge, pues, volver á preguntar aquí: ¿Qué es Liberalismo? ó mejor. ¿qué no es?

En primer lugar, no son *ex se* Liberalismo las formas políticas de cualquier clase que sean, por democráticas ó populares que se las suponga. Cada cosa es lo que es. Las formas son formas, y nada más. Una república unitaria ó federal democrática, aristocrática ó mixta; un gobierno representativo ó mixto, con más ó menos atribuciones del poder Real, ó con el máximun ó mínimun de rey que se quiera hacer entrar en la mixtura; la monarquía absoluta ó templada, hereditaria ó electiva, nada de eso tiene que ver *ex se* (repárese bien este *ex se*) con el Liberalismo. Tales Gobiernos pueden ser perfecta é íntegramente católicos. Como acepten sobre su propia soberanía la de Dios y reconozcan haberla recibido de Él, y se sujeten en su ejercicio al criterio inviolable de la ley cristiana, y den por indiscutible en sus Parlamentos todo lo definido, y reconozcan como base del derecho público la supremacía moral de la Iglesia y el absoluto derecho suyo en todo lo que es de su competencia; tales Gobiernos son verdaderamente católicos, y nada les puede echar en cara el más exigente ultramontanismo, porque son verdaderamente ultramontanos. La historia nos ofrece repetidos ejemplos de poderosísimas repúblicas, fervorosísimas católicas Ahí está la aristocrática de Venecia; ahí la mercantil de Génova y ciertos cantones suizos.

Como ejemplo de monarquías mixtas muy católicas podemos citar nuestra gloriosísima de Cataluña y Aragón, la más democrática y á la vez la más católica del mundo en los siglos medios; la antigua de Castilla hasta la casa de Austria; la electiva de Polonia hasta la inicua desmembración de este religiosísimo reino. Es una preocupación creer que las monarquías han de ser *ex se* más religiosas que las repúblicas. Precisamente los más escandalosos ejemplos de persecución al Catolicismo los han dado en los tiempos modernos monarquías como la de Rusia y la de Prusia. Un Gobierno de cualquier forma que sea es católico; si basa su Constitución y legislación y política en principios católicos: es liberal si

basa su Constitución, su legislación y su político en principios racionalistas. No en que legisle el rey en la monarquía, ó en que legisle el pueblo en la república, ó en que legislen ambos en las formas mixtas, está la esencial naturaleza de una legislación ó Constitución; sino en que se haga ó no se haga todo bajo el sello inmutable de la fe y conforme á lo que manda á los Estados como á los individuos la ley cristiana. Así como en los individuos, lo mismo puede ser católico un rey con su púrpura, un noble con sus blasones ó un trabajador con su blusa de algodón; de igual suerte los Estados pueden ser católicos, sea cual fuere la clasificación que se les dé en el cuadro sinóptico de las formas gubernativas. De consiguiente, tampoco tiene que ver el ser liberal ó no serlo con el horror natural que todo hombre debe profesar á la arbitrariedad y tiranía, con el deseo de la igualdad civil entre todos los ciudadanos, y mucho menos con el espíritu de tolerancia y generosidad que (en su debida acepción) no son sino virtudes cristianas. Y sin embargo, todo esto en el lenguaje de ciertas gentes y aun de ciertos periódicos, se llama Liberalismo. Hé aquí, pues, una cosa que, pareciendo Liberalismo, no lo es en manera alguna.

Hay en cambio alguna cosa que, no pareciéndose al Liberalismo, efectivamente lo es. Suponed una monarquía absoluta, como la de Rusia, ó como la de Turquía, si os parece mejor; ó suponed un Gobierno de los llamados conservadores

de hoy, el más conservador que os sea dable imaginar, y suponed que tal monarquía absoluta ó tal Gobierno conservador tengan establecida su Constitución y basada su legislación, no sobre principios de derecho católico, ni sobre la indiscutibilidad de la fe, no sobre la rigorosa observancia del respeto á los derechos de la Iglesia, sino sobre el principio, ó de la voluntad libre del rey, ó de la voluntad libre de la mayoría conservadora..... Tal monarquía y Gobierno conservador son perfectamente liberales y anticatólicos.

Que el libre-pensador sea un monarca, con sus ministros responsables, ó que lo sea un ministro responsable con sus Cuerpos colegisladores, para el efecto es igual. En uno y otro caso anda aquella política informada por el criterio libre-pensador, y de consiguiente liberal. Que tenga ó no tenga, por sus miras, aherrojada la prensa, que azote por cualquier nonada al país, que rija con vara de hierro á sus vasallos, podrá no ser libre aquel mísero país, pero será perfectamente liberal. Tales fueron los antiguos imperios asiáticos; tales varias modernas monarquías; tal el imperio alemán de hoy, como lo sueña Bismark; tal la actual monarquía española, cuya Constitución declara inviolable al monarca, pero no declara inviolable á Dios. Y hé aquí el caso de algo que pareciendo no ser Liberalismo, lo es sin embargo, y del más refinado y del más desastroso, por lo mismo que no tiene apariencia de tal.

Por donde se verá con qué delicadeza se ha de proceder cuando se tratan tales cuestiones. Es preciso ante todo definir los términos del debate y evitar el equívoco, que es lo que más favorece al error.

XIII

Notas y comentarios á la doctrina expuesta en el capítulo anterior.

Hemos dicho que no son *ex se* liberales las formas democráticas ó populares, puras ó mixtas, y creemos haberlo suficientemente probado. Sin embargo, esto que especulativamente hablando, ó sea en abstracto, es una verdad; no lo es tanto *in praxi*, ó sea en el orden de los hechos, al que principalmente debe andar siempre atento el propagandista católico.

En efecto; á pesar de que, consideradas en sí mismas, no son liberales tales formas de gobierno; lo son en nuestro siglo, dado que la Revolución moderna, que no es otra cosa que el Liberalismo en acción, no nos las presenta más que basadas en sus erróneas doctrinas. Así que muy cuerdamente el vulgo, que entiende poco de distingos, califica de Liberalismo todo lo que en nuestros días se le presenta como reforma democrática en el gobierno de las naciones; porque,

aun cuando por la natural esencia de las ideas no lo sea, *de hecho* lo es. Y por tanto discurrían con singular tino y acierto nuestros padres cuando rechazaban como contraria á su fe la forma constitucional ó representativa, prefiriendo la monarquía pura que en los últimos siglos era el gobierno de España. Porque cierto natural instinto decía aun á los menos avisados, que las nuevas formas políticas, en sí inofensivas, como tales formas, venían impregnadas del principio herético liberal, por lo que hacían muy bien en llamarlas liberales; de igual suerte que la monarquía pura, que de sí podía ser muy impía y aun herética, se le presentaba como forma esencialmente católica, pues desde muchos siglos atrás venían recibiéndola los pueblos informada con el espíritu del Catolicismo.

Erraban, pues, *ideológicamente* hablando, nuestros realistas, que identificaban la Religión con el antiguo régimen político, y reputaban impíos á los constitucionales; pero acertaban, *prácticamente* hablando, porque en lo que se les presentaba como mera forma política indiferente veían ellos, con el claro instinto de la fe, envuelta la idea liberal. Esto sin contar con que los corifeos y sectarios del bando liberal hicieron todo lo posible con blasfemias y atentados para que no desconociese el verdadero pueblo cuál era en el fondo la significación de su odiosa bandera.

Tampoco es rigurosamente exacto que las for

mas políticas sean indiferentes á la Religión, aunque ésta las acepte todas. El sano filósofo las estudia y analiza, y sin condenar alguna, no deja de manifestar preferencia por las que más á salvo dejan el principio de autoridad, que está basado principalmente en la unidad. Con lo cual dicho se está que la forma más perfecta de todas es la monarquía, que es la que más se asemeja al gobierno de Dios y de la Iglesia. Así como la más imperfecta es la república por la inversa razón, La monarquía exige la virtud de un hombre solo, y la república exige la virtud de la mayoría de los ciudadanos. Es, pues, lógicamente hablando, más irrealizable el ideal republicano que el ideal monárquico. Este es más humano que aquel, porque exige menos perfección humana y se acomoda más á la rudeza y vicios de la generalidad.

Mas para el católico de nuestro siglo la mayor de todas las razones para prevenirle en contra de los gobiernos de forma popular, debe ser el afán constante con que en todas partes ha procurado implantarlos la Masonería. Por intuición maravillosa ha conocido el infierno que éstos eran los sistemas mejor conductores de su electricidad, y que ningunos podrán servirle más á su gusto. Es, pues, indudable que un católico debe mirar como sospechoso todo lo que en este concepto le predica como más acomodado á sus miras la Revolución; y que, por tanto, todo lo que la Revolución acaricia y pregona con el nombre de Liberalismo, hará bien en mirarlo él como tal Liberalismo, aunque sólo de formas se trate; pues tales formas no son en este caso más que el envase ó envoltura con que se quiere que admita en casa el contrabando de Satanás.

XIV

Si en vista de esto es lícito ó no al buen católico aceptar en buen sentido la palabra "Liberalismo," y asimismo en buen sentido gloriarse de ser liberal.

PERMÍTASENOS sobre esto trasladar aquí íntegro un capítulo de otra obrita nuestra (*Cosas del día*), en que se da contestación á esta singular consulta, Dice así:

"¡Válgame Dios, amigo mío, con las palabritas Liberalismo y liberal! Andas realmente enamorado de ellas, y tráete ciego el amor como á todos los enamorados. ¿Qué inconvenientes tiene su uso? Tantos tiene para mí, que en él llego á ver hasta materia de pecado. No te asustes sino escúchame con paciencia. Vas á entenderme pronto y sin dificultad. Es indudable que la palabra Liberalismo tiene en Europa en el presente siglo significación de cosa sospechosa y que no concuerda del todo con el verdadero Catolicismo. No me dirás que planteo el problema en términos exagerados. Efectivamente. Me has de conceder que en la acepción ordinaria de la pa-

labra, Liberalismo y Liberalismo-católico son cosas reprobadas por Pio IX. Prescindamos por ahora de los pocos ó muchos que pretenden poder continuar profesando un cierto Liberalismo, que en el fondo quieren no lo sea. Pero lo cierto es que la corriente liberal en Europa y América, en el siglo XIX en que escribimos, es anti-católica y racionalista. Pasa revista al mundo. Mira qué significa partido liberal en Bélgica, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Austria, en Italia, en las repúblicas hispano-americanas y en las nueve décimas partes de la prensa española. Pregunta á todos qué significa, en el idioma común, criterio liberal, corriente liberal, atmósfera liberal, etc.; y mira si de los hombres que se dedican á estudios políticos y sociales en Europa y América, los noventa y nueve por ciento no entienden por Liberalismo el puro y crudo racionalismo aplicado á la ciencia social.

"Ahora bien. Por más que tú y unas cuantas docenas más de caballeros particulares os empeñeis en dar un sentido de cosa indiferente á lo que la corriente general ha sellado ya con el sello de cosa anti-católica, es lo cierto que el uso, árbitro y norma suprema en materia de lenguaje, sigue teniendo al Liberalismo como bandera contra el Catolicismo. Por consiguiente, aunque con mil distingos y salvedades y sutilezas logres forrmate para tí solo un Liberalismo que nada tenga de contrario á la fe, en la opinión de

los más, desde que te llamas liberal, pertenecerás como todos á la gran familia del Liberalismo europeo, tal como todos lo entienden; tu periódico, si lo redactas, y lo llamas liberal, será en la común creencia un soldado más entre los que bajo esta divisa combaten de frente ó por el flanco á la Iglesia católica. En vano será que te excuses alguna que otra vez. Estas excusas y explicaciones no las puedes dar todos los días, que fuera cosa asaz pesada; en cambio, la palabra liberal has de usarla cn cada párrafo; serás, pues, en la común creencia nada más que un soldado como tantos otros que militan bajo esta divisa, y por más que en tus adentros seas tan católico como el Papa (como de eso se jactan algunos liberales), lo cierto es que en el movimiento de las ideas, en la marcha de los sucesos, influirás como liberal, y aun á pesar tuyo, serás un satélite que no podrás menos que moverte dentro la órbita general en que gira el Liberalismo. ¡Y todo por una palabra! ¡Vea V., no más que por una palabra! Sí, amigo mío. Esto sacarás de llamarte liberal y de llamar liberal á tu periódico. Desengáñate. El uso de la palabra te hace casi siempre y en gran parte solidario de lo que se ampara á su sombra. Y lo que á su sombra se ampara, ya lo ves, y no me lo has podido negar, es la corriente racionalista. Escrúpulo tendría yo, pues, en mi conciencia de aceptar esta solidaridad con los enemigos de Jesucristo.

"Vamos á otra reflexión. Es también induda-

ble que de los que leen tus periódicos y oyen tus conversaciones, pocos están en el caso de poder hilar tan delgado como tú en materias de distinciones entre Liberalismo y Liberalismo. Es, pues; evidente que una gran parte tomará la palabra en el sentido general, y creerá que la empleas en igual sentido. Tú no tendrás esta intención, pero contra tus intenciones producirás este resultado, adquirir adeptos al error racionalista Dime ahora, pues, ¿sabes lo que es escándalo? ¿sabes lo que es inducir al prójimo á error con palabras ambiguas? ¿sabes lo que es, por cariño más ó menos justificado á una palabra, sembrar dudas, desconfianzas, hacer vacilar en la fe á las inteligencias sencillas? Yo, á fuer de moralista católico, veo en esto materia de pecado, y si no te abona una suma buena fe, ó algún otro atenuante, materia de pecado mortal. Oyeme una comparación. Sabes que ha nacido casi en nuestros días una secta que se llama de los viejos católicos. Ha tenido la humorada de llamarse así, y paz con todos. Haz cuenta, pues, que yo, que por la gracia de Dios, aunque pecador, soy católico, y por añadidura soy de los más viejos, porque mi Catolicismo data del Calvario y del cenáculo de Jerusalén, que son fechas muy viejas; haz cuenta, digo, que fundo un periódico más ó menos ambiguo, y le llamo con todas las letras *Diario viejo-católico*. ¿Diré mentira? No, porque lo soy en el buen sentido de la palabra. Pero ¿á qué, me dirás tú, adoptar un título mal

sonante, que es divisa de un cisma, y que dará lugar á que crean los incautos que soy cismático, y á que tengan un alegrón los viejos católicos de Alemania, creyendo que acá les ha nacido un nuevo cofrade? ¿á qué, me dirás, escandalizar á los sencillos?—Pero yo lo digo en buen sentido.—Es verdad, pero ¿no sería mejor no dar lugar á que se crea que lo dices en sentido malo?

"Hé aquí, pues, lo que diría yo á quien se empeñase en sostener todavía como inofensivo el dictado de liberal, que es objeto de tantas reprobaciones por parte del Papa, y de tanto escándalo por parte de los verdaderos creyentes. ¿A qué hacer gala de títulos que necesitan explicación? ¿A qué suscitar sospechas que luego hay que apresurarse á desvanecer? ¿A qué contarse en el número de los enemigos y hacer gala de su divisa, si en el fondo se es de los amigos?

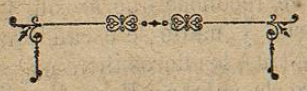
"¡Que las palabras, dices, no tienen importancia! Más de lo que te figuras, amigo mío. Las palabras vienen á ser la fisonomía exterior de las ideas, y tú sabes cuán importante es á veces en un asunto su buena ó mala fisonomía. Si las palabras no tuviesen importancia alguna, no cuidarían tanto los revolucionarios de disfrazar al Catolicismo con feas palabras; no andarían llamándole á todas horas oscurantismo, fanatismo, teocracia, reacción, sino pura y sencillamente Catolicismo, ni harían ellos por engalanarse á todas horas con los hermosos vocablos de liber-

tad, progreso, espíritu del siglo, derecho nuevo, conquistas de la inteligencia, civilización, luces, etc., sino que se dirían siempre con su propio y verdadero nombre: *Revolución.*

"Lo mismo ha pasado siempre. Todas las herejías han empezado por ser juego de palabras, y han acabado por ser lucha sangrienta de ideas. Y algo de esto debió ya pasar en tiempo de san Pablo, ó previó el bendito Apóstol que pasaría en los tiempos futuros, cuando dirigiéndose á Timoteo (*I ad Thimot.* VI, 20), le exhorta á vivir prevenido, no sólo contra la falsa ciencia, *oppositiones falsi nominis scientiæ*, sino contra las simples novedades en la expresión ó palabra, *profanas vocum novitates*, ¿Qué diría hoy el Doctor de las gentes si viese á ciertos católicos adornarse con el adjetivo de Liberales, en oposición á los que se llaman simplemente con el apellido antiguo de la familia, y desentenderse de las repetidas reprobaciones que sobre esta profana novedad de palabras ha lanzado con tanta insistencia la Cátedra apostólica? ¿Qué diría al verles añadir á la palabra inmutable Catolicismo ese feo apéndice que no conoció Jesucristo, ni los Apóstoles, ni los Padres, ni los Doctores, ni ninguno de los maestros autorizados que constituyen la hermosa cadena de la tradición cristiana?

"Medítalo, amigo mío, en tus intérvalos lúcidos, si alguno te concede la ceguedad de tu pasión, y conocerás la gravedad de lo que á primera vista te parece mera cuestión de palabras. No, no puedes ser católico-liberal, ni puedes llamarte con este nombre reprobado, aunque por medio de sutiles cavilaciones llegues á encontrar un medio secreto de conciliarlo con la integridad de la fe. No; te lo prohibe la caridad cristiana, esa santa caridad que estás á todas horas invocando, y que, según comprendo, es en tí sinónima de la tolerancia revolucionaria. Y te lo prohibe la caridad, porque la primera condición de la caridad es que no haga traición á la verdad; que no sea lazo para sorprender la buena fe de tus hermanos menos avisados. No, amigo mío, no; no puedes llamarte liberal."

Y nada más nos ocurre decir aquí sobre este punto, completamente resuelto para un hombre de buena fe. Además de que hoy los mismos liberales hacen ya menos uso que antes de este apellido; tan gastado y desacreditado anda él, por la misericordia de Dios. Más frecuente es todavía encontrar hombres que, renegando cada día y cada hora del Liberalismo, le tengan aún metido hasta los tuétanos, y no sepan escribir y hablar y obrar sino inspirados por él. Estos son en el día los más de temer.



XV

Una observación sencillísima que acabará de poner en su verdadero punto de vista la cuestión.

Mil veces me he hecho una reflexión que no sé cómo no les ha ocurrido cada día á los liberales *de buena fe*, si alguno hay que merezca aún esta caritativa atenuación de su feo apellido. Es la siguiente.

Tiene hoy todavía el mundo católico en justo y merecido concepto de impiedad el calificativo de *librepensador* aplicado á cualquier persona, periódico ó institución. Academia libre-pensadora, sociedad de libre-pensadores, periódico escrito con criterio libre-pensador, son todavía frases horripilantes y que les ponen los pelos en punta á la mayor parte de nuestros hermanos, aun á los que afectan más desvío por la feroz intransigencia ultramontana. Y sin embargo, véase lo que son las cosas y cuán necia importancia se da por lo común á meras palabras. Persona, asociación, libro ó Gobierno á los que no preside en materias de fe y moral el criterio *único y exclusivo* de la Iglesia católica, son liberales. Y se reconoce que lo son, y se honran ellos con serlo, y nadie se escandaliza con eso más que nosotros, los fieros intransigentes. Cambiad, empero, la palabra; llamadles libre-pensadores. Al punto os rechazan el epíteto como una

calumnia, y gracias si no os piden satisfacción por el insulto. Pero qué, amigos míos, *cur tam varie?* ¿No habeis rechazado de vuestra conciencia, de vuestro gobierno ó de vuestro periódico ó academia el *veto absoluto* de la Iglesia? ¿No habeis erigido en criterio fundamental de vuestras ideas y resoluciones la razón libre?

Pues, decís bien: sois liberales, y nadie es puede regatear este dictado. Pero, sabedlo: sois con eso libre-pensadores, aunque os sonroje tal denominación. Todo liberal, de cualquier grado ó matiz que sea, es *ipso facto*, libre-pensador. Y todo libre-pensador, por odiosa que sea y aun ofensiva á las conveniencias sociales esta denominación, no pasa de ser un lógico liberal. Es doctrina precisa y exacta, como de matemáticas, y no tiene vuelta de hoja, como se suele decir.

Aplicaciones prácticas. Sois católico más ó menos condescendiente ó resabiado, y perteneceis, por males de vuestros pecados, á un Ateneo liberal. Recogeos un momento, y preguntaos: ¿Seguiría perteneciendo yo á ese Ateneo si mañana se declarase pública y paladinamente *Ateneo libre-pensador?* ¿Qué os dicen la conciencia y la vergüenza? Que no. Pues mandad que os borren de las listas de ese Ateneo, porque no podeis, como católico, pertenecer á él.

Teneis un periódico, y lo leeis y dais á leer á los vuestros sin escrúpulo, á pesar de que se llama y discurre como liberal. ¿Seguiríais suscrito á él si de repente apareciese en su primera pá-

gina el título de *periódico libre-pensador?* Paréceme que de ninguna manera. Pues cerradle desde luégo las puertas de vuestra casa; el tal liberal, manso ó fiero, años há que era ni más ni menos que libre-pensador.

¡Ah! ¡De cuántas preocupaciones nos corregiríamos con sólo fijar un poco la atención en el significado de las palabras! Toda asociación científica, literaria ó filántrópica, liberalmente constituida, es asociación libre-pensadora. Todo Gobierno, liberalmente organizado, es Gobierno libre-pensador. Todo libro ó periódico, liberalmente escrito, es periódico ó libro de libre-pensadores. Hacer asco á la palabra y no hacerlo á la realidad por ella representada es manifiesta obcecación. Piénsenlo bien aquellos de nuestros hermanos que, sin escrúpulo alguno de su ó endurecida ó demasiado blanda y acomodaticia conciencia, forman parte de círculos, certámenes, redacciones, Gobiernos ú otra clase cualquiera de instituciones erigidas con entera independencia del magisterio de la fe, Tales instituciones son liberales y son por lo mismo libre-pensadoras. Y á una agrupación libre-pensadora no puede pertenecer católico alguno, sin dejar de serlo por el mero hecho de aceptar como suyo el criterio libre-pensador de la agrupación consabida. Luego tampoco puede pertenecer á una agrupación liberal.

¡Cuántos católicos, no obstante, sirven muy buenamente al diablo en obras de este jaez! ¿Se van convenciendo ahora de cuán perversa cosa

es el Liberalismo, y de cuán merecido es el horror con que debe mirar un buen católico las cosas liberales, y de cuán justificada es y natural nuestra feroz intolerancia ultramontana?

XVI

¿Cabe hoy en lo del Liberalismo error de buena fe?

He hablado arriba de liberales de buena fe, y me he permitido cierta frase de duda, sobre si hay ó no hay *in rerum natura* algún tipo de esta rarísima familia. Inclínome á creer que pocos hay, y que apenas cabe hoy día en la cuestión del Liberalismo ese error de buena fe, que podría alguna vez hacer excusable su profesión. No negaré en absoluto que tal ó cual caso excepcional pueda darse, pero ha de ser verdaderamente caso fenomenal.

En todos los periodos históricos dominados por una herejía se han dado casos frecuentísimos de algún ó algunos individuos que, á pesar suyo, arrollados en cierta manera por el torrente invasor, se han encontrado participantes de la herejía, sin que se pueda explicar tal participación más que por una suma ignorancia ó buena fe.

Forzoso es, no obstante, convenir en que si algún error se presentó jamás con ningunas apariencias que le hiciesen excusable, fué este del Liberalismo. La mayor parte de las herejías que

008132